ÓSCAR AIBAR

El baile fantasma

ÍNDICE

- Delfines frente a Dover, 9
- Un caballo blanco trota sobre la arena al amanecer, 11
- La policía del amor, 17
- Esplendor geométrico, 21
- El sello verde, 25
- Una de romanos, 31
- La casa, 34
- Cyborg, 37
- Bienvenida al Vietnam, 42
- Pizza inferno*, 46
- Sabor Latino, 50
- Vías paralelas, 52
- Buffalo Bill contra los Dalton, 56
- Félix Rodríguez de la Fuente número tres, 60
- Cinco horas y media con Mario, 64
- Por favor, no te vayas, 69

Enola Gay, 73
El peligro amarillo, 75
Hyperborea, 79
Desayuno sin diamantes, 81
Obreros y pijos, 84
Cena biodinámica, 89
Elon Musk número cinco, 93
La niebla, 98
La historia más triste del mundo, 102
El plan Carrasco, 105
Pingüinos, 110
El emperador del nabo, 113
Extrañas revelaciones en el gotelé, 116
El influjo de Satán, 118
Boda en Londres, 125
Una muñeca galáctica, 128
Tenemos que vernos más, 130
El secreto, 133
Una procesión de locos, 136
Mariposas y Orfidales, 138
Un <i>déjà vu</i> infinito, 141
Cuando mi Roland JX-3P rompe a llorar, 146
El baile fantasma, 149
El último VHS, 151
Playlist, 153

*A Palmar y Derrin, que pusieron
una vela en su ventana para mí.*

DELFINES FRENTE A DOVER

Toro Sentado se había pasado los catorce días de la travesía desde Nueva York en cubierta, abrigado con una manta y mirando fijamente las olas. Poco después del amanecer, Buffalo Bill se acercó fumando un cigarro y apoyó los codos sobre la borda. A lo lejos se veían ya los blancos acantilados de Dover.

—¿Qué hay de nuevo, jefe?

—He visto manadas de bisontes que corren bajo el agua. Han seguido un rato al gran caballo de hierro y luego se han ido.

—Delfines. Se llaman delfines —dijo el viejo explorador mientras se afilaba uno de sus largos bigotes con un poco de saliva—. He venido a buscarte. Nos vamos a hacer todos una placa junto al puente para la publicidad del espectáculo. Tenemos que salir guapos y elegantes. ¡No hay nada que venda más que una buena fotografía!

Buffalo Bill había formado una compañía de circo contratando a algunas celebridades del viejo Oeste. La gira llegaba ahora a Europa.

—Los rostros pálidos hacen muchas fotografías —contestó Toro Sentado de mala gana—. Las fotografías te arrancan el alma.

Bill soltó una larga carcajada al tiempo que expulsaba una nube de humo.

—Si eso fuese así, todos estaríamos ya muertos por dentro.

El indio cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Eso es. Muertos por dentro.

UN CABALLO BLANCO TROTA SOBRE LA ARENA AL AMANECER

Los platós son lugares fríos, pero cada vez que hay una escena de cama la gente de producción los calienta con una especie de motores de avión con ruedas que en pocos minutos suben la temperatura.

Así es que hace mucho calor.

Estoy sentada junto al combo técnico, es decir, junto a un monitor de video frente al que se arremolinan peluqueras, atrecistas, maquilladoras, sastras y cualquier bicho viviente que no sea director o director de fotografía (ellos tienen su propio combo).

En este oficio lo principal es saber esperar, así que espero. Yo espero muy bien, no sé si porque llevo ya muchos años rodando o porque llevo ya muchos años en este mundo en general.

Mario Paredes aparece por la puerta que da a los camerinos vestido solo con un albornoz y unas chanclas de piscina. Saluda a los eléctricos y a la directora con un gesto rutinario y se sienta a mi lado a trastear con su iPhone 15 Pro Max.

—Buenas —dice sin mirarme.

—Buenas —respondo—. ¿Te lo sabes?

—Sí, sí, tranqui.

Mario es uno de los actores principales de la serie. Encarna al amante de la gran protagonista: Susi González. A sus veinte años gana más dinero en una semana que yo en un año. Es un chaval sano, pero tiene un problema con su principal droga, la vanidad. Se pasa el día enganchado al móvil, quizás por eso no destaca por su memoria y apenas suele recordar los diálogos.

—Esta se está colgando mucho hoy, ¿no? —añade.

—Veinte minutos —contesto mirando mi reloj en el tono maternal que mantengo siempre con el actor—. Debe estar a punto de llegar. Tú relájate como hacemos los demás.

—Está muy tarada. Lo hace para joderme la vida.

Mario se apoltrona en una silla plegable que lleva su nombre detrás. Se abre el albornoz dejando ver sus pectorales de gimnasio y se hace un selfi poniendo morritos. Luego lo cuelga en su Instagram y, aburrido, desliza el índice sobre la pantalla del móvil para ver un camión empotrándose en una peluquería, un enano lanzándose en llamas desde un puente y una mujer asiática limpiando el exterior de una ventana en la cornisa de un rascacielos.

—¿Por cuántos *likes* vas ya? —le pregunto para darle palique y calmarlo un poco.

—Dos cientos y pico mil de media —contesta con orgullo.

De repente se oye un murmullo general y luego todo el mundo calla. Susi hace su entrada en el plató seguida por su peluquera personal y por Gianni, su profesor de yoga. Es una chica morena, ni alta ni baja, ni guapa ni fea, que se hizo famosa por liarse con un *youtuber* y que no tiene un talento especial para nada excepto para posar con cara de mala. También viste albornoz y chanclas y también gana en una semana lo que yo en un año.

El equipo ocupa sus puestos de combate y Olga, la directora, se levanta como movida por un resorte para recibir a Susi junto a la cama que ocupa el centro del set. Charla con ella un instante con una sonrisa de oreja a oreja y una expresión forzada de profundo respeto y admiración. No las oigo desde aquí, pero apostaría mi

mano derecha a que le está haciendo la pelota. Le estará diciendo que la ha visto en una revista en la que sale monísima o que esta mañana está radiante o que ya le gustaría a ella tener su cutis. La adulación es la única herramienta de la que dispone Olga para aplacar a su protagonista y conseguir que le permita tomar alguna decisión.

Luchi, la primera ayudante, se acerca a ellas y hace un gesto seco al gurú y a la peluquera para que se larguen. Luego llama a Mario guiñando un ojo en señal de complicidad.

—Bueno, vamos al lío —me dice el actor.

—Acuérdate —le susurro—. Sin contacto en los labios y solo caricias en los brazos. Y piensa en lo del caballo.

—Sí, sí. Tranqui.

El joven se levanta y se acerca a la cama. Le da un beso a Susi, sin llegar a tocar sus mejillas para no dañar su maquillaje, se quita el albornoz y las chanclas y, totalmente desnudo, se mete en la cama. La actriz se despoja también de su albornoz y de su calzado de goma. Luce un tanga de encaje negro y un sujetador de color carne que apenas puede contener unos enormes pechos. Luego se queda de pie haciendo alguno de sus ridículos ejercicios de relajación.

Por fin, la directora mira a la ayudante y esta da motor y luego acción. Susi pulula alrededor del decorado soltando un discurso infumable sobre el deseo y la culpabilidad. Después se sienta a los pies de la cama y se pone a llorar.

Mario se incorpora, se acerca a ella y la abraza.

—Sí, pero nosotros ya no podemos hacer nada por él. La vida está siendo muy dura para Sergio, pero también lo fue para mí cuando llegué a esta ciudad —declama con resolución—. Hasta que te encontré a ti.

«Vamos bien. Se lo sabe. Si todo sigue igual acabaremos a la hora», pienso. Entonces Mario le da un beso largo en la boca a la chica mientras la tiende a su lado. En realidad la está besando en

el bigote para evitar el contacto labial, pero lo hace tan bien que no se nota.

Despacio, tal y como pactamos todos en la lectura de guion, el actor se coloca encima de ella mientras acaricia sus brazos.

La cámara, montada en el arnés de un operador, se acerca lentamente a ellos.

La cosa fluye.

Entonces, de repente, Susi levanta la mano derecha como un jugador de tenis que reclama una falta al juez de silla.

Todo se detiene.

—¡Corta! —grita Luchi.

—Mierda —exclama el actor mirándome con preocupación.

Todo el mundo en el plató me mira también. Esperan que haga mi trabajo.

—Vale, vale, no pasa nada —digo con seguridad mientras me levanto—. En seguida volvemos. Son solo diez minutos.

Alguien ofrece el albornoz a Mario, que se lo coloca intentando disimular una evidente erección.

Como hemos hecho otras veces, me lo llevo hacia una puerta que da al exterior y caminamos por un callejón estrecho y solitario que linda con una fábrica contigua. Se quita las chanclas y anda sobre las frías baldosas.

—No pasa nada. Es normal, tienes veinte años —lo consuelo—. Lo raro sería que no te pasara.

—Joder, y mira que estaba pensando en lo del caballo —dice.

La primera vez que Mario tuvo una erección en escena le aconsejé que se concentrara en alguna imagen remota y lejana para evitar llevar su mente hacia el sexo. Como no se le ocurría nada, le propuse pensar en un caballo blanco trotando al amanecer sobre la arena de una playa. Parece que hoy no le ha servido de mucho.

En unos instantes volvemos al plató y seguimos rodando. En poco tiempo recuperamos el retraso y salimos a la hora. He hecho muchas cosas en este oficio y he estado en muchos departamentos

pero nunca imaginé que acabaría haciendo un trabajo como este. Aunque, claro, no lo imaginé porque entonces no existía. De hecho existe desde hace muy poco.

Camino hacia el *parking* cuando escucho una voz familiar que me llama desde las oficinas.

—¡Julia, no te vayas!

Marcelo Collantes corre hacia mí con un guion en la mano. Marcelo es el director de producción de la serie. Tiene mi edad, cincuenta y largos, y empezó en esto más o menos cuando yo lo hice. Conozco a su mujer y a su familia de toda la vida, desde que de niños veraneábamos cerca en Alicante. Siempre hemos mantenido una buena amistad, y siento por él un verdadero afecto. Es un tipo alto, delgado y elegante. En el trabajo suele llevar unos *cardigans* estupendos en tonos ocres, polos gastados y unas gafas de ver colgadas sobre su pecho de una cadena de plata. Sin haber hablado nunca de ello, compartimos una filosofía que nos acerca: cualquier cosa que pase en un plató nos importa un pito más allá de nuestro sueldo.

—Necesitaba hablar contigo. Hay noticias. El comité de sabios de la plataforma sigue con que gastamos poco, que el dinero no se ve en la pantalla. Quieren acabar la temporada en exteriores, ver arbolitos y si puede ser alguna cascada, o un lago o algo azul. Hay que joderse. Aquí tienes el capítulo. Calentito —explica jadeante.

—¿Muy lejos? —le pregunto con desgana.

Noto que se pone nervioso y que responder le incomoda.

—A dos horas de Madrid —contesta—. Pisando, hora y cuarenta.

—¿Dónde?

Traga saliva, respira hondo y por fin lo suelta.

—Candeleda, Ávila —dice bajando la mirada.

Al oír el nombre del pueblo me recorre un escalofrío de arriba abajo y siento latir el corazón más rápido. Noto que me fallan las piernas y me apoyo en un coche.

—Ni de coña. Sabes que no voy a volver a ese sitio —añado—. No lo he pisado en cuarenta años y no voy a hacerlo ahora.

—Pero Julia... si me dices que no...

—No voy a ir, lo siento.

Marcelo y yo nunca hemos hablado del secreto. Siempre ha tenido el buen gusto de no preguntarme nada, aunque estoy segura de que ayudó a propagar alguno de los rumores que entonces corrieron sobre mí. Sabe, porque lo vio con sus propios ojos, que estuve más que implicada en lo que pasó e imagina lo difícil que es para mí recordarlo.